



Juventud y vejez

Hernando Villamizar Florez, M.D.



SEMILLAS



El ser: ¿ente, abstracción
del «Todo» o metáfora?

Marcos Castells y Giménez

Nº 44



En la noche de año nuevo

Charles Lamb

Año Nuevo / Pág. 6 y 7



Literatura y cine del suicidio

Análisis / Pág. 4



Egidio Cuadrado
desde niño forjó su
grandeza musical
(fragmento)

Juan Rincón Vanegas

Folclore / Pág. 5



El Cabo
de la Vela

Patrimonio / Pág. 12



EL RETIRO

Felices aquellos primeros días, ¡cuando
despuntaba en mi angelical infancia!
Antes de entender este lugar
Escogido para mi segunda carrera,
O de enseñar a mi alma que debería imaginar
Pero un pensamiento blanco, celestial;
Cuando aún no había caminado más allá
De una milla o dos de mi primer amor,
Y mirando hacia atrás (en ese corto espacio)
Podría ver un atisbo de su rostro brillante;
Cuando en una nube dorada o una flor
Mi alma que mira moraría una hora,
Y en aquellas glorias más endebles ver
Algunas sombras de la eternidad;
Antes de que enseñe mi lengua para herir
Mi conciencia con un sonido pecaminoso,
O tener el arte negro de dispensar,
Un pecado distinto para todos los sentidos,
Pero sentir a través de todo este vestido
carnal
Brotes brillantes de la eternidad.

¡Oh, cuánto duró el viaje de vuelta,
y pisar de nuevo el sendero antiguo!
Que pueda una vez más llegar a ese plano,
Cuando primero dejé mi tren glorioso,
A partir de ahí el espíritu ilustrado ve
Esa ciudad con sombra de las palmeras.
Pero ¡ah! mi alma al permanecer demasiado
Está embriagada, y se tambalea en su camino.
Algunos hombres dan un paso hacia adelante
en señal de un amor,
Pero por pasos hacia atrás me movería;
Y cuando este polvo cae a la urna,
En ese estado vine, y volveré.

Henry Vaughan

Inglaterra, Gales, 17 de abril de 1622 - 28 de abril de 1695



bajo el triste y pesado imperio de la muerte,
sin un sueño siquiera de luz o un pensamiento
de verdor, de follaje o de corteza.
Y aún, como si un odio o discordia profunda,
nutrida con tu savia, entre los altos vientos
y tú, estuviese viva, sientes la tempestad
antes que llegue y sabes si se acerca.
Porque, aunque en tu quietud descansas y el aliento
voraz de la tormenta ya no turba
tu reposo, ese extraño rencor señala sólo,
más allá de la muerte, al enemigo
que cuando vivo destrozó tu paz.



EL LEÑO

Un tiempo florecías y muchas primaveras,
mañanas claras, lluvias y rocíos pasaron
sobre ti; muchas alas y alegres corazones,
ya muertos, en tus vivos ramajes reposaron.
Y aún vuelan y cantan unas nidadas nuevas;
jóvenes arboledas crecen, y contra el cielo
siempre viejo y paciente, disparan los retoños
de sus ramajes verdes; mientras en tus raíces
medran las bajas matas de violetas.
Pero tú te consumes, inerte, oscuro y frío



Director General: JUAN PABÓN HERNÁNDEZ

EQUIPO DE APOYO EDITORIAL

JUNTA DIRECTIVA FUNDACIÓN CULTURAL EL CINCO A LAS CINCO

Patrocinio Ararat Díaz, Álvaro Pedroza Rojas, María Cecilia Tobón Sosa, Luis Lima Arias, Jorge Maldonado Vargas, Sergio Entrena López, Álvaro Carvajal Franklin, Adán Muñoz Vera y Erika Rodríguez. Diseño y Diagramación: Giovanny Rojas

Juventud y vejez

Dios de mi niñez y de mi juventud, sé ahora, el Dios de mi vejez

SALMO 70

“**T**ú, Dios mío, fuiste mi esperanza y mi confianza, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti; en el seno, tú me sostenías; siempre he confiado en ti. No me rechaces ahora en la vejez; me van faltando las fuerzas; no me abandones”.

SEÑOR: Aprendí a llamarte “Dios mío” de los labios de mi madre. Mi niñez, mi adolescencia y mi juventud, transcurrieron con esa pertenencia, porque soy tu hijo y tú eres mi padre. Así te he sentido al repasar mi vida. Cuánto he recibido de ti, como padre, pero qué poco te he dedicado, como hijo !

Cuántos años han pasado.....Súbitamente, la vejez se ha hecho presente. Cuando ella ha pretendido actualizarse en mi conciencia, mis reductos de autodefensa no la han dejado entrar....



**HERNANDO
VILLAMIZAR FLOREZ,
M.D.**

La última cumbre, que parecía tan lejana, ahora se asoma y la toco. La edad va marcando mi físico, pero la verdad es que la asumo con tranquilidad de ánimo.

Tú, Señor, me infundes esa paz y dicha que siento y que en cada día que pasa y en cada uno de los que me faltan, inundas mi alma.

A mis años es apenas natural que mis pasos se acorten; he perdido algo de equilibrio, mucho de agilidad, pero mi mente está bien. Puedo leer y lo disfruto; Tengo curiosidad intelectual y me siento realizado, escri-



biendo mis reflexiones,

como ahora lo hago. De pronto, en este mes justamente, he notado algunas pocas dificultades, aunque débiles, para recordar dos o tres nombres. Pero seguiré empleando la mayor parte de mi tiempo en leer, memorizar y oír música. Y, viviendo mi vida plenamente, no quiero gastar mis energías en trivialidades inútiles, ni mucho menos en lo que pueda hacer daño a mí o las demás.

Estoy rodeado de mis seres queridos; atendido en grado sumo y amado. Pero siento el progresivo alargarse de la sombra de la soledad... Amigos, compañeros de mi edad y aún menores, han muerto; personas han cambiado, lazos se han roto, mentalidades han evolucionado. Y me encuentro, en ocasiones, protestando contra la nueva generación, sabiendo bien que, al hacerlo, me coloco a mí mismo en la vieja.

Cada vez queda menos gente a mi lado para compartir ideas y opiniones y me estoy haciendo suspicaz. Me da cierto temor pensar que, de aquí en adelante, el camino se estrechará y no volverá a ensancharse jamás.

Tengo miedo - lo confieso - a caer enfermo; a quedar inválido; a enfrentarme a la soledad; a mirar cara a cara a la muerte. Pero, hay algo que no quiero y le pido fervientemente a Dios para que no suceda: es que no quiero ser carga para nadie y mucho menos para los míos. Los quiero tanto, Señor, que no me importaría mis sufrimientos personales, pero no quiero hacerlos sufrir ni molestar sus vidas.

Mi esposa es lo más precioso que Dios me ha dado. Ella llena toda mi vida; es la razón por excelencia de mi existir y colma mis pensamientos de todos los días. Admiro su criterio, su equilibrio anímico, su inteligencia, su modo admirable de asimilar la lectura. Ha sido mi guía y mi libro de consulta para la vida. Ha tolerado mis malos genios, mis fallas de temperamento, impaciencias... ha sido faro para mí y para mis hijos, quienes admirán sus cualidades especiales, intelectuales, su gusto. Le consultan sobre un vestido, sobre un color. Le admiran su arte y - con razón - su belleza.

Por si fuera poco, es parca en el obrar y en el decir. En resumen: es un ser excepcional. Entonces, Señor, no quiero que ella vaya a sufrir con una enfermedad mía, larga y angustiante y en mi sería fisiológica. Si me tienes para sufrir, ayúdame, Señor, a tener paciencia y resignación y dame el valor para aceptar lo que tengas dispuesto. Que yo espere con entereza, con fe, con confianza, el paso hacia Ti. Mi fe es débil; no soy buen creyente. Pero acrecentarás mi fe porque, como sea, confío en ti, mi Dios.

Vuelvo la mirada hacia ti, que eres el único que puede ayudarme en mis temores y fortalecerme en mis achaques. Tú has estado conmigo desde mi niñez: en Pamplona iba a visitarte de la mano de mi madre, al “Humilladero”. Has seguido conmigo en mi juventud y en mi vida adulta, aún cuando estuve flaqueando, olvidándome de ti y fallando. Pero...ten presente mis debilidades humanas; perdónalas y permanece conmigo en mi vejez. Tú has presidido el primer aliento de mi vida. Preside también el último.

Dame fuerzas, dame ánimo, dame la gracia de envejecer con garbo; de amar la vida hasta el final; de sonreír hasta el último momento, de tener presencia de ánimo y paciencia y tranquilidad ; de hacer sentir, con mi ejemplo a los jóvenes, que la vida es amiga y la edad benévolas; que no hay nada qué temer y sí mucho qué esperar, porque Tú estás a mi lado y yo.....en tus manos me pongo!



Literatura y cine del suicidio

Tl sociólogo francés Émile Durkheim en su obra *Le suicide* (1897), señala que los suicidios son fenómenos individuales que responden esencialmente a causas sociales. Este acto se define como «todo caso de muerte que resulte, directa o indirectamente, de un acto, positivo o negativo; realizado por la víctima misma, sabiendo ella que debía producir este resultado». Para Durkheim, el suicidio «es el resultado de la fortaleza o la debilidad del control de la sociedad sobre el individuo».

LITERATURA

En la literatura universal, la temática sobre el suicidio ha sido recurrente desde casi el principio de los primeros textos antiguos. Sófocles, en la antigua Grecia, ya habló sobre él en sus tragedias *Edipo rey* y *Áyax*. En *Edipo rey*, Yocasta se ahorca con su propio cabello mientras que en *Áyax*, el mismo Áyax se deja caer sobre la espada de Héctor. En la tragedia *Romeo y Julieta*, William Shakespeare resolvió el trágico final con el suicidio de sus protagonistas.

El célebre dramaturgo inglés, William Shakespeare, inmortalizó el tema del suicidio en sus dramas universales como *Otelo* o *Romeo y Julieta*, donde los dos amantes tienen un destino trágico debido a su amor imposible y deciden acabar con sus vidas. Según palabras del propio Romeo: «La vida es mi



Stefan Zweig

tortura y la muerte será mi descanso». Además, el mismo autor indaga de manera filosófica sobre el tema del suicidio en la tragedia *Hamlet*, donde el mismo Príncipe Hamlet sostiene en su famoso soliloquio «Ser o no ser», en la escena primera del tercer acto, una reflexión sobre su propio suicidio tras el descubrimiento del homicidio de su padre por parte de su tío.

En la literatura española, la tragicomedia de *La Celestina* acaba con el suicidio de Melibea tras ver morir a su amante Calisto. Similarmente en *Don Álvaro o la fuerza del sino* tras el asesinato del personaje Leonor, el protagonista don Álvaro cae en la locura y se suicida arrojándose desde un precipicio. El tema del suicidio fue común en las corrientes decimonónicas del romanticismo y realismo literarios, presente en obras como *Frankenstein*, *Ana Karenina*, *Madame Bovary*, etc. En la Inglaterra victoriana, el autor escocés Robert Louis Stevenson escribió el cuento detectivesco *El club de los suicidas*, perteneciente a su colección de cuentos, *Las nuevas mil y una noches*, en donde el autor planteaba una sociedad secreta cuyos miembros deciden ingresar en ella para suicidarse.

CINE

El actor Robin Williams se suicidó tras padecer una enfermedad neurológica.

La industria del séptimo arte a menudo retrata el

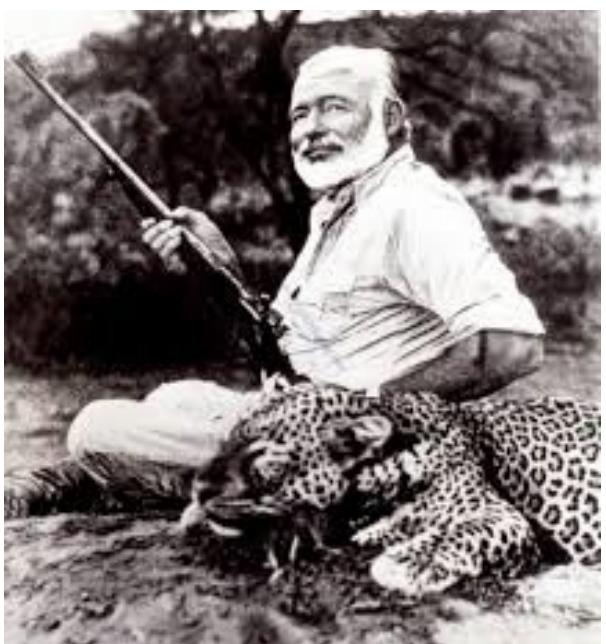


Alfonsina Storni

tema del suicidio desde múltiples puntos de vista. Así como en *Dead Poets Society*, película dirigida por Peter Weir en 1989, el protagonista de la historia, Neil Perry, decide suicidarse por culpa de la férrea e intransigente educación paterna que le impide alcanzar su sueño de ser actor, en *Hard Candy* —realizada por David Slade en 2005— el protagonista masculino se suicida, inducido por una chica mucho menor que él, que lo amenaza con revelar algo muy tórrido sobre su pasado.

En *Las vírgenes suicidas* de Sofia Coppola de 1999, el suicidio se hace patente en una de las hermanas durante la pubertad de una de ellas. En los filmes policiacos es habitual centrar los suicidios tras ingerir sustancias narcóticas como, por ejemplo, en *Lethal Weapon* dirigida por Richard Donner en 1987, donde la chica que abre el caso, Amanda Hunsaker, se precipita por el balcón de un gigantesco rascacielos después de haberse drogado. Por otra parte, son numerosos los casos suicidas entre el gremio de los creadores de la industria del espectáculo.

El actor Robin Williams se suicidó en 2014 tras sufrir una enfermedad neuronal. También se suicidó la actriz Romy Schneider, famosa por interpretar en el cine a la emperatriz Isabel de Baviera —más conocida por Sissi— que se provocó la muerte en 1982 tras haber perdido a su hijo mayor.²³⁹ El director Tony Scott se suicidó en circunstancias aún no del todo esclarecidas, ya que mientras el forense descartó el cáncer, su hermano Ridley Scott aseguró que había estado luchando durante años contra esta enfermedad.



Ernest Hemingway



Robin Williams

Egidio Cuadrado desde niño forjó su grandeza musical (fragmento)

JUAN RINCÓN VANEGAS

Hable compadre. Hable compadre”, le dijo Carlos Vives al Rey Vallenato Egidio Rafael Cuadrado Hinojosa, cuando se le solicitó una entrevista en el Parque de la Leyenda Vallenata ‘Consuelo Araujonoguera’. Al indagarle por su trayectoria no sabía por dónde comenzar, pero contó que fue desde muy niño en su natal Villanueva, La Guajira. “Para contar todos los episodios de mi vida el tiempo se queda corto, cuando tenía seis años me llamó la atención la música vallenata porque en casa mi hermano Hugues, tocaba el acordeón. En vista de esas ganas de aprender a tocar, mi mamá Cristina Hinojosa me compró un acordeón y esa fue mi más grande felicidad. El acordeón nunca lo he soltado y estará conmigo hasta el final de mis días”.

Estando sumergido en el enjambre de vivencias no podía dejar de hablar. “La primera canción que aprendí a tocar fue ‘Así soy yo’, del compositor Aniceto Molina. “Desde muy joven me metí de lleno en el mundo vallenato acompañando cantantes y participando en el Festival de la Leyenda Vallenata del año 1973, donde alcancé la corona de Rey Aficionado. Despues realicé diversas grabaciones hasta llegar a la serie televisiva ‘Escalona’, y ‘La Provincia’ con Carlos Vives, grupo que hace 30 años marca la pauta musical”. Enseguida contó que en el año 1979 partió hacia Bogotá, en busca de otros horizontes y lo logró. Claro, que había mucha tristeza en su corazón. De un momento a otro aparecieron algunas lágrimas. Se le respetó ese instante donde las palabras sobraban. Más sereno, señaló. “La muerte de mi mamá fue demasiado dura para mí. Ella era el eje de todo, la que me



apo-yaba en mis deseos de ser acordeonero. Me sentía solo y triste. Esa fue una de las razones para partir de Villanueva. Ella siempre ha sido mi guía desde el cielo”. Egidio comenzó a conocer a través del maestro Rafael Escalona, quien vivía con su hermana Dinaluz, personalidades de la política, la economía, la cultura, el deporte y el periodismo.

“Gracias a Dios, lo de Bogotá fue definitivo para mi carrera musical y también para mis pretensiones de ser Rey Vallenato, honor que alcancé hace 38 años, teniendo como acompañantes en la caja a mi hermano Heberth Cuadrado y en la guacharaca a Efraín ‘El Toto’ López”, señaló Egidio. En esa ocasión interpretó el paseo ‘El mejoral’ y el merengue ‘La vieja Sara’, de Escalona; el son ‘Amparito’ de Lorenzo Morales y la puya ‘La puya puyá’, de su autoría. El jurado estuvo integrado por Gilberto Alejandro Durán Díaz, Lorenzo Miguel Morales Herrera, Emiliano Zuleta Díaz, Adolfo Pacheco Anillo y Juan Gossaín Abdala.

En ese momento de la entrevista contó lo que siguió. “Supe aprovechar mi reinado y visité al presidente Belisario Betancur, quien era mi amigo. Ese día me prometió la gestión ante las embajadas para que fuera el vocero de Colombia llevando la música vallenata a muchos lugares del mundo. En total, estuve en 20 países”.

Sin parar narró. “Ese mismo año en que me co-

roné Rey Vallenato en una parranda conocí a Carlos Vives, el famoso ‘Gallito’ Ramírez. Esa tarde él cantó conmigo tres canciones: ‘La casa en el aire’, (Rafael Escalona), ‘Ausencia’, (Santander Durán

Escalona) y ‘El cantor de Fonseca’ (Carlos Huertas). Desde aquella parranda arrancó todo lo que nos llevó años después a estar en la serie de televisión ‘Escalona’. Además, ser el acordeonero de ‘La Provincia’, donde se han tenido diversos reconocimientos como el Premio Grammy Latino. Este grupo es toda una familia”.

Egidio, el hijo de Agustín Cuadrado y Cristina Hinojosa, el mismo que nunca dejaba su sombrero vueltiao, su mochila arhuaca y sus 12 acor-



En esas épocas las pobres sierpes como yo nos sentimos inmortales. Nos expandimos y florecemos. Llenos de fuerza, volvemos a ser valientes y sabios, y cada vez más grandes. Pero la ráfaga que hiela y entume me pone a pensar en la muerte...

En la noche de año nuevo



CHARLES LAMB

Todo individuo tiene dos cumpleaños: dos días, por lo menos, de cada año, que lo hacen meditar sobre el paso del tiempo y el modo en que afecta nuestra existencia mortal. El primero es al que de manera personal le decimos mío. Aunque con el desgaste gradual de las viejas costumbres está a punto de desaparecer el hábito de festejar nuestro cumpleaños, dejándoselo nada más a los niños, para quienes el paso del tiempo no refleja absolutamente nada, ni hace que entiendan otra cosa fuera del pastel y los regalos. Pero el inicio de un año nuevo es de tan vastas implicaciones que no pueden sustraerse de él ni el rey ni el mendigo. No hay quien vea con indiferencia el primero de enero. A partir de ese día todos miden su tiempo y cuentan el que les queda. Es el natalicio del Adán que llevamos dentro.

De todos los sonidos de todas las campanas (la música de las campanas es la más cercana al um-



bral del cielo) el más solemne y conmovedor es el repique que despide al año viejo. Nunca lo oigo sin que en mi mente se concentren todas las imágenes difusas de los últimos doce meses; todo lo que he hecho o sufrido, realizado o abandonado en ese tiempo que se ha ido para siempre. Empiezo a darle su valor, como cuando muere un individuo, y adquiere un matriz personal.

Yo soy, por naturaleza, de los que de antemano temen a las novedades; a los libros nuevos, a las caras nuevas, a los años nuevos, a causa de algún defecto mental que me hace difícil enfrentar el porvenir. Casi no abrigo esperanza alguna y me alegran solo las vivencias de años anteriores. Me sumerjo en las visiones y conclusiones de antaño y me encuentro con mis decepciones pasadas. Tengo una armadura que me protege de viejas desilusiones y perdono, o venzo en mi fantasía a mis viejos adversarios. Apuesto una y otra vez por gusto, como dicen los tahúres, en cada uno de los juegos, por los que ya alguna vez pagué muy caro. Difícilmente renegaría hoy de cualquiera de esos infortunados accidentes o sucesos de mi vida, ni tampoco los alteraría, como no lo hago con los incidentes de una novela bien lograda. Prefiero haber padecido durante aquellos preciosos siete años de mi vida,

cuando me rendí a la rubia cabellera y los ojos claros de Alice, antes de que se perdieran para siempre esas tan apasionadas aventuras amorosas. Mejor que nuestra familia se quedara sin la herencia que nos estafó el viejo Dorrell, a tener hoy doscientas libras in banco y no haber conocido a ese pájaro de cuenta. Si en algo me conozco a mí mismo, nadie con una mente introspectiva (y conste que la mía lo es y hasta el punto del dolor) puede tenerle menos respeto a su identidad actual.

Mis mayores, con los que me eduqué, eran de un temperamento que no permitía soslayar el apego sagrado a las viejas costumbres; y las campanadas que anuncianaban el fin del año viejo formaban parte de una ceremonia especial. En aquellos días el doblar de esas campanadas de medianoche, que parecía despertar hilaridad en todos los que me rodeaban, nunca dejó de evocar en mi mente un caudal de melancólicas imágenes. Entonces no concebía, sin embargo, el significado de ese momento ni pensaba que fuera realmente de mi incumbencia. La infancia y también la juventud hasta los treinta años transcurren sin que nadie tenga el sentimiento de ser mortal. El joven conoce la fragilidad de la vida, incluso, si fuera necesario, podría sostener una homilía sobre ella; pero no la tiene





presente en su conciencia, así como tampoco en un cálido día de junio forman parte de nuestra imaginación los días helados de diciembre. Pero hoy, ¿osaré confesar una verdad?: me pesa enormemente este ajuste de cuentas.

Empiezo a contar mis posibilidades de vida como los centavos de un miserable y a quejarme de lo efímero de cada momento y de que los lapsos duren cada vez menos. En la medida en que los años disminuyen y se acortan, me concentro más en contar los momentos en que con el poder de un solo dedo detendría gustoso la rueda de la fortuna. No me contento con desaparecer “de un plumazo”. Esas metáforas no me dan solaz, ni endulzan el trago amargo de saber que somos mortales.

No me interesa viajar con la suave corriente que arrastra la vida humana hacia la eternidad; me niego a seguir el inevitable curso del destino. Amo lo verde de esta tierra verde, el rostro del campo y la ciudad, la indescriptible soledad rural y la dulce seguridad de las calles. Aquí levantaría mi tabernáculo. Me conformo con quedarme en la edad que tengo, junto con mis amigos; no quiero ser ni más joven ni más rico ni más atractivo. No quiero que los años me acaben; ni, como se dice, caer cual fruto maduro a la tumba. Cualquier alteración a esta tierra que piso, ya sea de comida o de casa, me confunde y me per-

tura. Mis dioses domésticos han sentado sus mientes y lo he pagado con sangre. Ya no están dispuestos a buscar las cosas de Lavinia. Me estremezco ante cualquier otra forma de existencia.

El sol, el cielo y la brisa, las caminatas solitarias y las vacaciones veraniegas, junto con el verdor de los campos y los deliciosos jugos de carnes y pescados, y la sociedad con su copa festiva y luz de velas y las conversaciones junto a la chimenea y las vanidades inocentes y las bromas y hasta la propia ironía, ¿todas estas cosas desaparecerán con la vida?

¿Podrá reír un fantasma, o sacudir sus macilentos flancos, si uno lo trata bien?

Y ustedes, mis amores de medianoche, ¡mis liberos!, ¿podré irme con el deleite intenso de llevármelos abrazados con fuerza? ¿Tendré que adquirir el conocimiento, si acaso fuera posible, a través de algún extraño experimento de intuición, y ya no por el conocido proceso de la lectura?

¿Disfrutaré allá de algunas amistades, esperando las sonrisas que me señalan aquí –en el rostro reconocible– la “dulce seguridad de una mirada”?

Durante el invierno, esta intolerable falta de inclinación a morir –para decirlo de la manera más suave– me persigue y me atormenta con más insistencia. En una espléndida mañana de agosto, bajo el cielo sofocante, qué fácil es ver distante a la muerte. Todas las cosas se alían a lo insustancial en espera del sentimiento mayor: frío, ateramiento, sueños, perplejidad; la propia luz de la Luna, con sus apariciones de sombras espectrales; ese frío fantasma del sol, o la hermana enferma de Febo, como la falta de alimento que se denunció en los Cánticos; pero yo no soy de sus esbirros, yo estoy con los persas.

Todo lo que me obstaculice, o me saque del camino, trae a mi mente la muerte. Toda la maldad parcial, como el humor, se enfrenta a ese azote de dolor. He oído que algunos le profesan indiferencia a la vida; aclaman el fin de sus existencias como un puerto de refugio y hablan de la tumba



como de unos brazos suaves en donde podrán dormitar igual que sobre una almohada. Algunos han cortejado a la muerte, ¡pero yo me rebelo y te lo digo, fantasma inmundo, repugnante! Te detesto, te aborrezco, te maldigo, y (como el hermano Juan) te entrego a seis mil demonios para que por ningún motivo te perdonen ni te toleren, sino que te condenen, como ser maligno, a quedar marcado con hierro candente, proscrito, deporado. ¡Nada podrá hacer que te digiera, magra, melancólica Privación de horrendos y engañosos cometidos!

Todos esos antídotos, prescritos contra el miedo a tu presencia, son tan fríos y ofensivos como tú misma. Pues, ¿qué satisfacción le proporciona al hombre “yacer al lado de reyes y emperadores”, si en vida nunca anheló mayormente la cercanía de tales compañeros de lecho? O ¿es peor creer que al fin ante ti “aparecerá su bello rostro”? ¿por qué, para consolarme, Alice tendrá que transfigurarse en espectro? Pero, por encima de todo, me repugnan los trillados epitafios de tus vulgares tumbas. Todo muerto se siente con derecho de estarme sermonando con sus odiosas máximas: “Como me ves hoy, pronto te verás.” No tan pronto como te imaginas, amigo.

Por lo pronto, yo todavía estoy vivo, me muero y valgo veinte veces más que tú. ¡Reconoce a tus superiores! Ya pasaron tus días de año nuevo. Yo sobrevivo, candidato feliz al 1821. Otra copa de vino, y mientras esa tránsfuga campana enlutada, que acaba de cantar las exequias de 1820, con un cambio de notas dobla ávida la bienvenida del año sucesor.



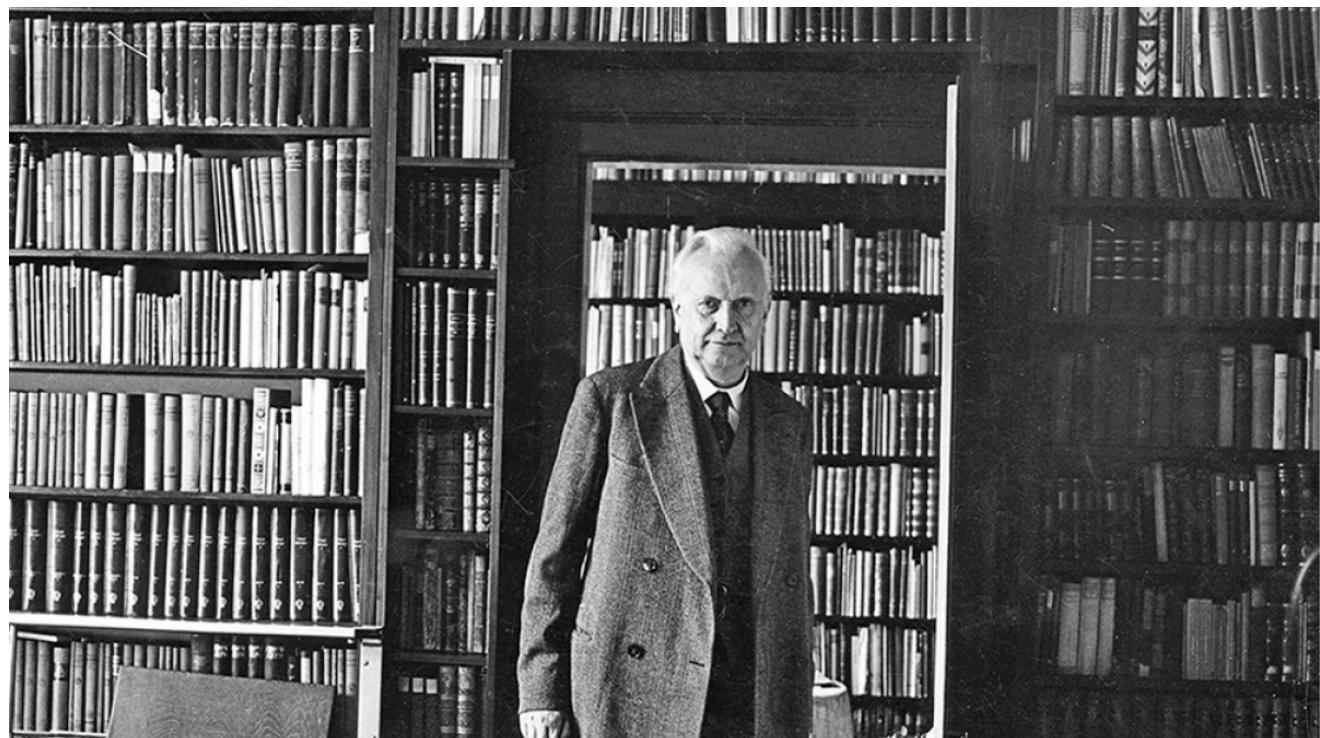
El ser: ¿ente, abstracción del «Todo» o metáfora?

MARCOS CASTELLS Y GIMÉNEZ

Todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de saber». He aquí la primera oración con la que Aristóteles nos introduce a su Metafísica. Y no hay que considerar este «saber», como he mencionando unas cuantas líneas más arriba, como el simple hecho de adquisición de conocimientos varios, sino que se debe entender en un sentido heideggeriano de querer saber; de tener «voluntad» de saber. Voluntad entendida como la continua autodeterminación y obediencia de uno mismo hacia la resolución de una acción. No es un mero «desear» o «aspirar», sino el hecho de someterse a un imperativo propio; a tener poder sobre lo querido.

Y es grande este «querer saber», cuando la voluntad se determina hacia el ser. Y es que no hay estudio que implique mayor grandeza anímica que el querer saber aquello que parece imposible.

Dicho esto: ¿qué nos hace querer saber acerca del ser? Pues que es lo más esencial de la historia de la filosofía y de la humanidad. Si ni siquiera nos plantea-



Jaspers

mos esta pregunta, nada de lo que hagamos como humanos tendrá sentido. Si no tenemos un porqué de existir, ¿qué importa el cómo vivimos? Esto ya lo tenía claro Nietzsche.

La pregunta por el ser no puede de ninguna manera ir aparte de la pregunta acerca de la existencia o del ente. Aunque las tres sean diferentes, deben preguntarse en cadena. Por ejemplo, no se puede hablar del deporte «fútbol» sin tener en cuenta el balón, el campo y los jugadores. Lo mismo pasa con la metafísica: no se puede preguntar por el ser en sí mismo sin tener en cuenta conceptos como «existencia», «ente» o «nada», pues todos ellos pertenecen al ser. Karl Jaspers trató el primer concepto en su obra Filosofía de la existencia. Cuando hojeé por primera vez la obra, me surgieron preguntas acerca del título: «¿Existir para

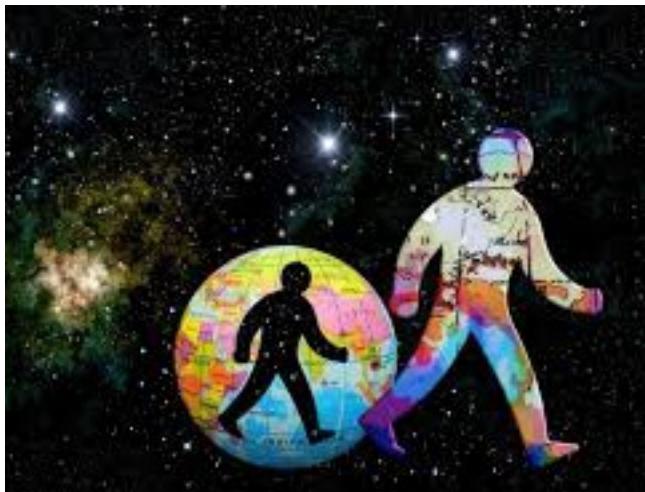


ser?» «Ser del existir?» «¿Ser del ser?».

Más allá de los banales delirios acerca del título de la obra Jaspers, este, como he mencionado, indagó en el concepto de «existencia»: «Existencia es una de las palabras que se emplean con el fin de designar la realidad (...)» (Jaspers,



Heidegger

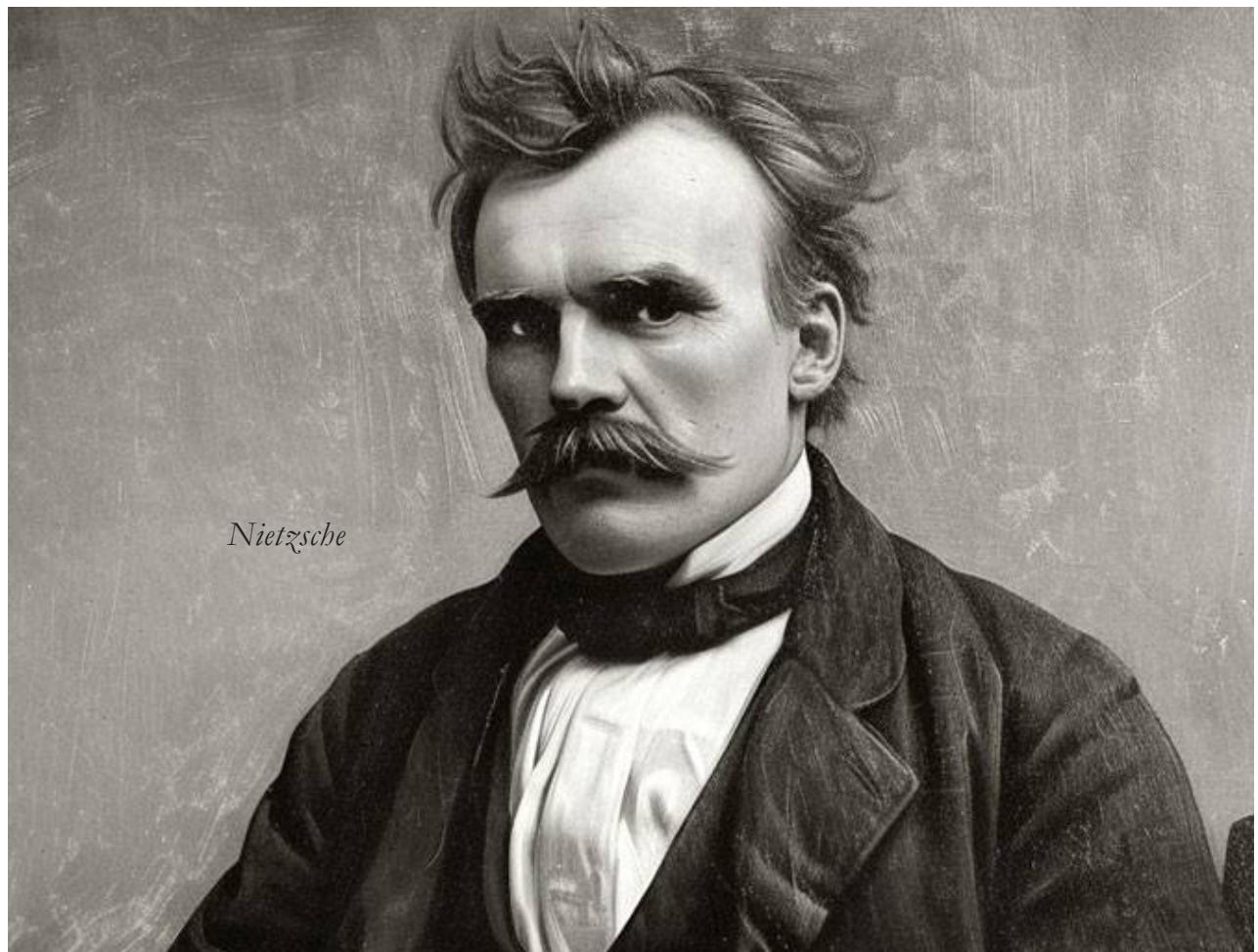


1956). Todo lo que está, es decir, aquello que es la realidad, es existente. Existe todo aquello que está en la realidad. ¿Y cómo podemos percibir la realidad?

(...) todo lo esencialmente real existe para mí solo en cuanto yo soy yo mismo. No estamos ahí meramente, sino que nuestro existente (Dasein) nos es confiado como lugar y como de la realización de nuestro surgimiento originario.

En todo tiempo, el hombre era, es y será, porque el tiempo sólo se temporaliza en cuanto el hombre es. El que no exista un tiempo en que el hombre no era no se debe a que el hombre sea desde la eternidad y hasta la eternidad sino porque el tiempo no es la eternidad

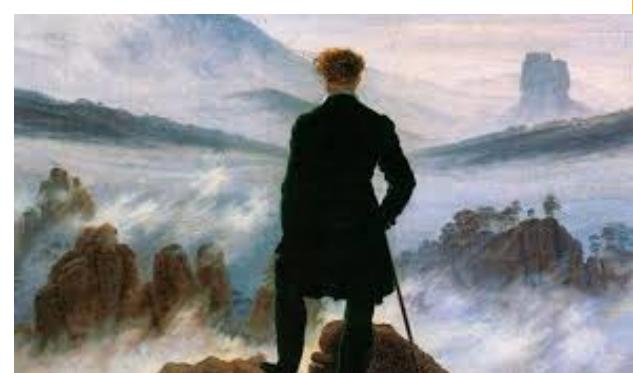
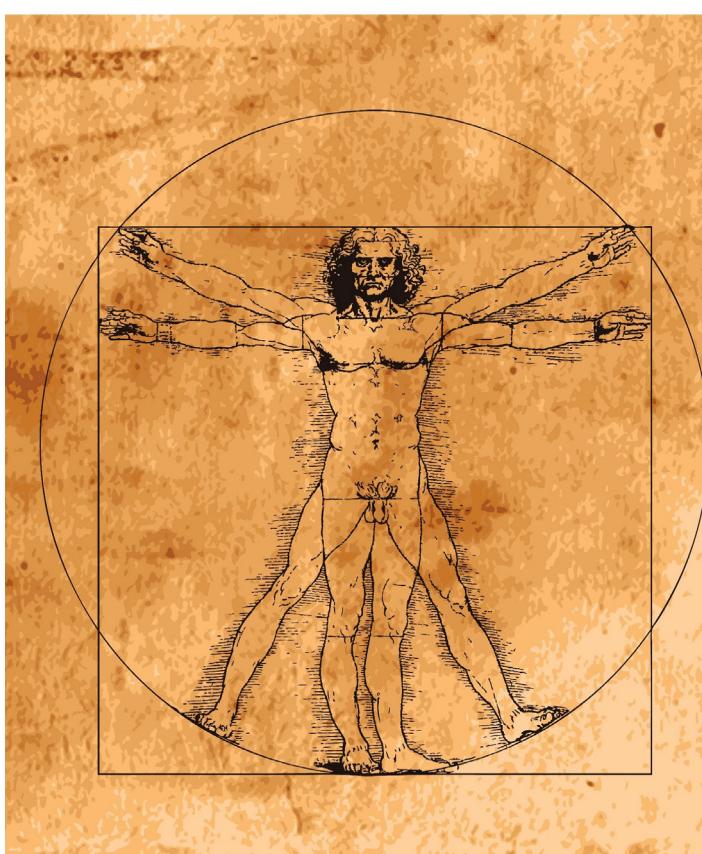
Nietzsche



y porque el tiempo solo se temporaliza en cada caso en un tiempo en tanto existencia humana e histórica.

Aunque admitamos que la palabra ser tenga una significación indeterminada o determinada, se trata de ir más allá de lo que concierne a las significaciones para ir más allá: es el ente el que es y constituye una parte de la totalidad del ser, donde el verbo ser es en esencia.

Es inviable, pues, que el ser sea una abstracción de un «Todo» indeterminado ni un ente. Imposible la primera debido a que de ninguna manera puede el «ser» abstraer nada en absoluto. No existe algo así como el «ser del Todo», sino que en todo ente existe una esencia, un ser, que está completamente alejado de una generalidad. A pesar de que todo es, y de que el ser esté en todo ente, éste no es Todo, pues «Todo» hace referencia a absolutamente todos los entes que son, y ninguno de estos entes es el ser en su totalidad. Ni aunque aprehendiéramos absolutamente todos los entes existidos y por existir no encontraríamos el ser como tal, pues éste, como he reiterado apoyándome en Heidegger y



Jaspers, no es una abstracción de todo lo que es. No podemos siquiera hablar del ser de un mueble, pues en la misma palabra «mueble» entran todos aquellos objetos que paradigmáticamente consideramos tal, como una silla, un tocador o una mesa. Por ello el ser debe tratarse a partir de cosas muy concretas, a pesar de que ninguna de ellas pueda considerarse «el ser» en su totalidad.

He rechazado, pues, que el ser pueda ser un ente o una abstracción de lo que consideramos «Todo». El caso que me queda es el que más absurdo parece, y por ello podría ser el más interesante: el ser como metáfora.



La guerra fría

Se encuentran en el centro comercial de moda. Y no es para menos, ya que es el espacio propicio para el baño de popularidad de grandes y chicos. Ella viene de norte a sur y la otra de sur a norte. La primera se llama Hortensia, y cuando vio a Esperanza no tuvo tiempo de cambiar de dirección o escabullirse en cualquier almacén. A la otra le sucedió lo mismo. El encuentro resultaba inevitable.

- ¡Que sorpresa verte por aquí! —exclama Hortensia.

- Realmente sí. ¡Estás preciosal! —riposta Matilde, mientras se acerca e imita a su amiga. Me refiero al que volvió a ponerse de moda luego de la pandemia: el simultáneo beso al aire de las

dos mujeres al tocarse la mejilla derecha de la primera con la ídem de la segunda. Todo un arte de la simulación y el birlibirloque.

La congestión no da para más gestos de amistad. Y si sumamos las carreras y gritos de los infantes, el paso de la parejita chupando helado o de la despistada que mira

el celular sin que le importe excusarse al chocar con quien corre al almacén de las promociones, entenderíamos con facilidad el gesto amistoso de nuestras protagonistas.

Ellas querían, sin lugar a dudas, prolongar su diálogo con el consabido abrazo que se estila en dichos encuentros, pero los hechos anteriores y otros que identifican a los lugares de encuentro social harían imposible tal manifestación. Optan entonces por soltarse y refugiarse en una esquina discreta, cercana a una librería y al servicio de baños. Allí tiene lugar el siguiente diálogo:

- ¡Pero que pispa estás. Tanto tiempo sin verte! —dice Esperanza tomando la iniciativa. (Y que lo diga. Si parece una bruja con ese atuen-

do pasado de moda y esos zarcillos...).

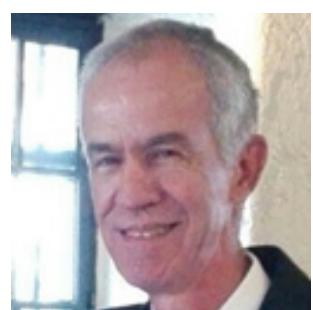
- Tú también estás encantadora. Pero cuéntame de los tuyos... —se anima Hortensia. (Vieja horrible. Si no hubiera sido porque me vio a distancia, le hubiera dado su buen desplante. Con tal de que no empiece a hablar de su marido, ese tipo beodo y coqueto o de los inteligentes que son sus hijos porque ahí si me coge la noche...).

Ambas esbozan su mejor sonrisa y adoptan pose de circunstancia. Y mientras Esperanza acepta la papaya que la otra le ofrece y se explaya hablando de su familia, vida y milagros, la otra asiente mientras espera tomarse la batuta de la conversación.

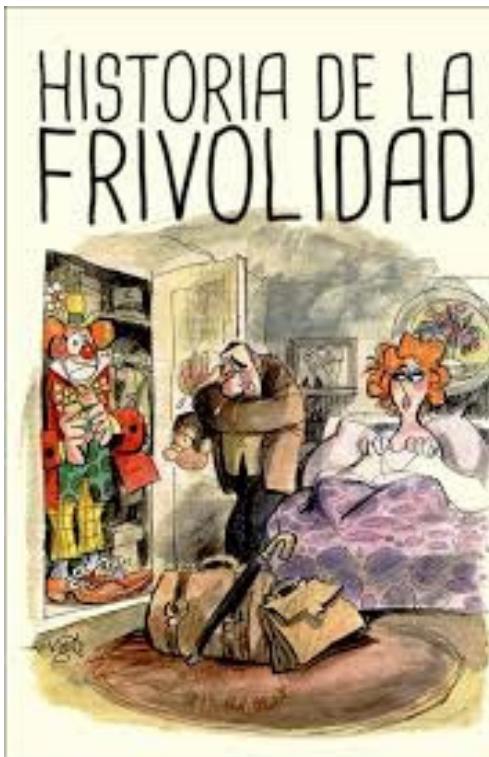
- Pues teuento —anota Esperanza— que todos están muy bien y no caben del gozo. (Me diste la oportunidad así que ahora vas a ver lo que es culan-tro. Quedarás pálida de la envidia. Es para que muerdas y luego, en la reunión de las Damas Grises no vengas a hablar de lo aristocrática que es tu familia. ¡Vieja cacreca!).

- Me parece perfecto. Pues a nosotros tampoco nos ha ido mal. Teuento que acabamos llegar de Miami...

- Pero espera y teuento por qué estamos tan felices —la corta Esperanza en un intento afanado por evitar que la otra le robe la iniciativa —y es porque le dimos de regalo de quince a mi Eulalia un viaje por las



EDUARDO YÁÑEZ
CANAL



Europas y el Golfo Pérsico. Tú sabes, ese mundo misterioso de los jeques, el desierto, los camellos y las danzas de los siete velos que ni teuento.

- No me digas. Qué casualidad, si ese viaje lo teníamos planeado con Joseli-to, mi marido, para las vacaciones de los muchachos el año pasado, pero desistimos. Porque eso de ir a un mundo salvaje, lleno de arena, y some-terse a costumbres insoportables y platos raros como caldo de culebra o salpicón de frutas desconocidas no va con nosotros. Una tiene una posición que debe cuidar. ¡Ni más faltaba! (Para que muerdas. Creíste que me la tenías ganada, pero te equivocas. Con esta gente no se puede. Hay que pararlas en seco para que no se inflen).

- Pero belleza, ¿quién te dijo eso? Allá es un paraíso. Un mundo exótico y de mucho lujo que muy pocos tienen oportunidad de conocer. (Que mujer tan bruta. Se le ve así, por encima, que de geografía o tiene ni idea. Y me-nos de historia, política o culinaria...).

- No, yo definitivamente me quedo en este lado del mundo. Mi amor, qué pena contigo, pero se me hace tarde. Tengo muchos compromisos y el tiempo vuela. Me encantó verte. Sigue así, que estás de ataque...

- No te quedas atrás corazón. Yo también tengo que hacer mil vueltas. Llá-mame por el celu y teuento las aventuras de Eulalia por la vieja Europa y el Oriente. Ah, y saludes a tu esposo, siempre tan formal, y a tus hijos, esas preciosuras...

Vuelve entonces, a manera de remate, el beso al aire y las mejillas juntas. Luego, cada una sigue su camino mientras piensan, de manera simultánea, en los encuentros sociales que deben soportar en los centros comerciales donde, en cualquier momento, salta la liebre. 



En Colombia, poco o nada tenemos de esto y hoy en día, la situación es dramática. El llamado es a que todos reclamemos y exijamos el regreso de la cátedra de historia a los colegios. La ciudadanía agoniza si no conoce su historia. ¿Así o más alarmante la situación?

¡Auxilio a la historia!

Ta historia lleva 40 años fuera de los colegios. Esto quiere decir que llevamos dos generaciones sin conocimiento sobre la historia de Colombia. 40 años de niños, jóvenes y adultos —próximos a tomar el liderazgo del país— que no tienen ni idea del por qué, el cuándo, el cómo, ni quiénes son los protagonistas de nuestra historia. ¡40 años! ¡Cuarenta!

El presidente poeta, Belisario Betancur tomó la extraña decisión durante su mandato de dejar de impartir la historia como asignatura independiente a las ciencias sociales (influenciado por rusos de la Unesco) y una década después, en 1994, el presidente Gaviria, quién nos invitó al futuro, sepultó el pasado cuando remató la deci-

sión reglamentando la enseñanza de la historia dentro de esa extraña mezcolanza de las ciencias sociales.

La Constitución de 1991, fue el resultado de un proceso de paz que planteó nuevos desafíos al país. Para llevar a cabo la promesa de la nueva Carta Magna, era indispensable pensar una hoja de ruta a este nuevo

ciudadano pleno de derechos y subjetividades, que además de proyectarse para el futuro comprendiera el proceso histórico detrás de estas nuevas conquistas amparadas en un nuevo Estado social de derecho. Sin embargo, esta hoja de ruta, que es la historia, no se concretó por la pérdida de la cátedra. Esta decisión de Gaviria fue un error



de cálculo inmenso, que hoy en día sigue teniendo trágicas consecuencias para el país. ¿Gaviria qué respondería al respecto?

Recordemos que un pueblo que no conoce su historia no tiene cómo comprender el presente y carece de herramientas para construir el futuro. En el 2017, se sancionó la ley 1874 con la que se esperaba que volviera la cátedra de historia a los colegios. No obstante, la ley no sirvió para mucho. Según como lo explica mi mentor y gran amigo, el historiador Alonso Valencia (Phd), la ley sancionada no obligó a los colegios a enseñar historia, pues las instituciones educativas son autónomas en decidir si

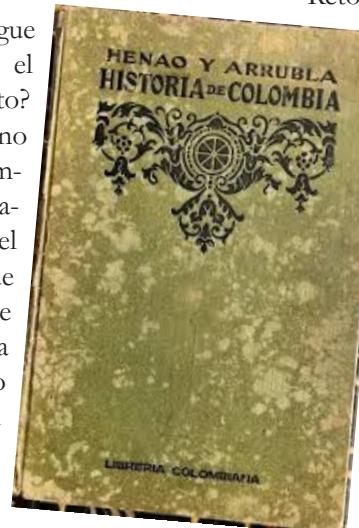
asignar esa materia como independiente o abstenerse en cuyo caso consideren que las horas de estudio dedicada a la historia compite con otras áreas como matemáticas y ciencias. Es decir, la vuelta al bobo.

La historia es más que fechas de memoria. Es un conocimiento pragmático que forma ciudadanía. Sigo sin comprender cómo los colegios tanto públicos como privados siguen siendo tan irresponsables en no incorporar las clases de historia. Cómo es de penosa la situación que Alfonso Gómez Méndez dice que sus alumnos llegan tan pobemente preparados que confunden a Galán con Gaitán. ¡Qué dolor de tripas!

Retomando las palabras del historiador George Duby: “la historia es la escuela del ciudadano, que contribuye a formar ciudadanos cuyos juicios son más libres, capaces de someter las informaciones con que son bombardeados a un análisis lúcido, e incluso a actuar con conocimiento de causa, menos atrapados en las redes de una ideología. También enseña la complejidad de la realidad, a leer el presente de manera menos ingenua, a comprender por la experiencia de sociedades antiguas cómo actúan los diversos elementos de una cultura y de una formación social en relación unos con otros”.



MARÍA LÓPEZ



El Cabo de la Vela



TEl Cabo de la Vela es un accidente costero que se encuentra situado en el extremo norte de Suramérica, en el sur del mar Caribe, específicamente en la península de la Guajira en Colombia. La parte norte posee una altura de 47 m s. n. m. Es un terreno desértico habitado en su mayor parte por el pueblo indígena wayú, que llama al lugar con el nombre de Jepirra, espacio sagrado donde los espíritus de sus difuntos llegan para hacer su tránsito hacia “lo desconocido”. Actualmente es un destino turístico paradisíaco. Entre sus principales atractivos están El Pilón de Azúcar, La Playa Dorada, El Ojo de Agua y las Rancherías Aledañas. Destaca así mismo por las buenas condiciones para la práctica del kitesurf, con vientos constantes y muy frecuentes durante todo el año.



MAGOLA
@magolapeluada
www.facebook.com/magola-la-piemipeluda

